

ALARCÓN Y ARIZA, PEDRO ANTONIO DE (1833-1891)

LAS HORAS

El hombre tiene exagerada idea
Del dolor y el placer: vendrán las horas,
Y ellas sabrán sacarte bienhechoras
Del espanto y dolor que te rodea.

–AYALA. -Rioja.

I

Pretericiones y programa

Se ha escrito ya tanto y tan doctoralmente acerca de todas las cosas visibles e invisibles (suponiendo que en el mundo haya algo visible en totalidad, ni obscuridades absolutas para la prodigiosa intuición del alma humana), que bastan y sobran algunos minutos de trabajo físico, como, v. gr., hojear libros compuestos por el prójimo y copiar de ellos disimuladamente juicios y noticias, para que el hombre más ignorante y obtuso, sin necesidad de haber manejado el telescopio, el microscopio, la balanza ni el alambique, pueda aparecer de pronto más sabio que Lepe, que Lepijo y que su hijo, ante los espantados ojos, con gafas o sin ellas, de esos escritores y preceptistas sin humanidades que sólo conocen las comedias y zarzuelas de repertorio, las poesías modernas de mayor fama, tal o cual novela mejor o peor, los libretos de *Otelo*, *Faustoy Macbeth* (pero no las grandes obras de que están sacados) y toda la inútil predicación contra el idealismo, que todavía no ha enseñado a sus tutores a escribir un libro que pueda leerse...

Por ejemplo: si yo quisiera engañar a semejantes literatos y críticos, echándosela de filólogo, matemático, astrónomo, relojero, canonista, etc., etc., hoy que pienso zurcir un artículo titulado *Las Horas*, no tendría más que extractar habilidosamente, y vender como descubiertas por mí, todas las noticias lingüísticas, históricas, geográficas y litúrgicas que acabo de hallar en mi propio despacho con sólo abrir media docena de libros ajenos... Os revelaría, supongamos, la etimología de la palabra *hora*, no meramente en latín y en griego, sino también en sánscrito, en persa, en irlandés, en armoricano, en primitivo gótico, en escandinavo, en kurdo y en armenio, explicándoos con la mayor frescura las relaciones que existen, al decir de los que las han estudiado, entre los vocablos *hora*, *hōra*, *ōros*, *vâra*, *warah*, *bôr*, *heur*, *jêr*, *gear*, *jâr*, *ar yjahr*... Podría discurrir como el más digno académico de Ciencias exactas sobre la hora *sideral*, la hora *media* y la hora *solar*, diciéndoos los kilómetros y hasta las pulgadas que recorre cada astro durante la *horaverdadera*... Hablaría cuanto me diese la gana de la *hora de la pleamar*, asunto

importantísimo, pues que todavía no hay acuerdo sobre el instante en que debe ser determinada: si cuando aparentemente deja de subir el Océano, si cuando principia a descender, o si en el promedio del fenómeno, según las fases de la Luna, sus declinaciones y las del Sol, y la distancia a que cada día se hallan de la Tierra aquellos astros... Y, en fin, para lo tocante a *horas canónicas*, seguiría paso a paso los cambios que el tiempo, las costumbres... y los vicios han ido introduciendo en la liturgia de varias y distintas Iglesias, con relación al llamado *curso*, y luciría grandemente los conocimientos... de aquellos beneméritos autores que tratan a fondo acerca del rezo de *maitines* y *laudes*, *prima*, *tercia*, *sexta*, *nona*, *vísperasy completas*, con distinción de siglos, pueblos, estaciones, climas, reglas más o menos estrechas y otras circunstancias terrenales...

Pues ¡no digo nada, si me metiese a hablar de las *horas mitológicas* de la India, del Egipto, de Grecia, de Escandinavia y de otros países donde, en mejores tiempos, hubo dioses y diosas!... Mi aparente erudición o instrucción rayaría en lo maravilloso; con lo que me nombrarían individuo honorario de todas las Academias europeas, bien que irrogara gran perjuicio a los genuinamente sabios que han gastado las mejores *horas* de su vida en averiguar todas esas cosas falsas, pero raras, y tienen, por ende, perfecto derecho a que se respete su propiedad científica y a que el público les compre sus divertidas obras cuando quiera saber tanto como ellos...

¡No! no voy a escribir un artículo erudito acerca de las *horas* consideradas en abstracto... Ni tan siquiera pienso explicar las razones porque la plebe romana cuenta todavía de un solo tirón, pasando de las doce a las trece, y de las trece a las catorce, y así sucesivamente hasta llegar a la hora veinticuatro; ni mucho menos intento referir la historia del reloj de bolsillo que le gané al dominó a Narciso Serra en tiempos del general San Miguel; ni cómo me las compuse, hace pocos meses, para trazar yo mismo, con mis propias manos, un reloj de sol; ni quién inventó los relojes de agua y de arena; ni cómo, en opinión de otro gran poeta contemporáneo, le faltan precisamente al día las seis horas necesarias para escribir versos... Lo único que me propongo hacer hoy es fantasear un poco, en la órbita de la vida común, real y positiva, acerca del empleo que solemos dar a las *horas*; examinar el reparto de nuestros placeres, ocios y trabajos dentro de la unidad cronológica de cada día; mirar, en fin, bajo este aspecto los entretenimientos y sandeces que constituyen casi toda la llamada *existencia*, durante la breve temporada que reside en el globo terráqueo el raro y misterioso viajero llamado *hombre*.

Tal es la materia, nada recóndita ni peregrina, del presente artículo. Sin embargo, para mayor orden y claridad del discurso, dividiré en tres grupos o secciones las veinticuatro horas diarias, por el orden o método siguiente, cuya invención no me pertenece tampoco en manera alguna:

1.^a sección: *La Mañana*.

2.^a sección: *El Mediodía y la Tarde*.

3.^a sección: *La Noche*.

Aun de esta ingeniosa clasificación resultarán forzosamente, atendidas la diversidad de costumbres de cada clase social y la varia manera de ser de sus individuos, que, para muchas personas, no hay *mañana*; que, para otras, no hay *noche*, y que aun el *mediodía* y la *tarde* son a veces indeterminados, según la hora de almorzar y de comer de cada quisque.. Pero todo ello lo tendremos en cuenta en nuestra disertación, como vais a ver inmediatamente.

II

La mañana

¿A qué hora principia la *mañana*?

Dicho se está que principia a la variable hora del *amanecer*; y como hasta los más baratos *Almanaques* expresan el minuto y el segundo en que sale el sol cada día del año, según la longitud y la latitud del punto de que se trate, no tengo necesidad de entrar en más pormenores astronómicos...

Pero no hay que confundirse, caballeros. Todo esto se refiere a la *mañana natural*. La *mañana convencional*, o de cada hombre, depende de otras reglas menos seguras o simétricas.

Comprobación: Para las buenas gentes del campo, y para las malas, que son algunillas, comienza la mañana antes del primer bostezo de la aurora... Cuando Dios echa sus luces, ya sale humo por el cañón de toda rústica chimenea, pues ya están haciendo las migas o las gachas en los hogares pastoriles y agrícolas, así como en las posadas, ventas y paradores... El repiqueteo del almirez suena, por consiguiente, antes que el canto de las aves, exceptuando al gallo y a las tórtolas y palomas, que toman las vísperas con más tiempo.

Y aquí me será lícito, y a vosotros muy agradable, traer a la memoria algunas de las cosas bellísimas, cuanto ciertas, que dice nuestro maestro Fr. Luis de León, en *La Perfecta Casada*, acerca de las ventajas y las delicias del madrugar. Celebra primeramente con Salomón a la solícita labradora *que ganó por la mano al lucero y amaneció antes que el sol*, y añade que «ha de madrugar la casada para que madrugue su familia. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo y ella el alma dél, y que, como los miembros no se mueven si no son movidos del alma, así sus criadas, si no las menea ella, y las levanta y mueve a sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama, y no la teniendo por testigo, es peor que madruguen; porque entonces la casa... es como pueblo sin rey ni ley, y como comunidad sin cabeza, y no se levantan a servir, sino a robar y destruir, y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos...» Discurre luego este fino amante de la Naturaleza acerca de lo saludable y grato que es levantarse *aquella hora en que despierta el mundo todo junto y en que la luz nueva, saliendo, abre los ojos a los animales todos*; censura a los que *hacen honra y*

estado y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni aun en esto, el concierto que Dios les pone... y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida, que es la mañana, y describe esta hora con los vivos, hermosos y naturales colores que vais a ver: «...Entonces la luz, como viene después de las tinieblas, y se halla después de ser perdida, parece ser otra y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo, y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas), y el aparecer de la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entonces más dulcemente? Y las flores, y las yerbas, y el campo todo despide de sí un tesoro de olor. Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosea toda ella... así los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos, a la venida del sol, se alegran, y como para recibirle se hermosean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes... El fresco del aire entonces templá con gran deleite el humor calentado con el sueño; y cría salud, y lava las tristezas del corazón, y no sé en qué manera lo despierta a pensamientos divinos antes de que se ahogue en los negocios del día.»

Después de este himno al amanecer, tan propio del cantor de la vida en su huerto y de la noche serena, reanudo yo mi árida enumeración y declaro que otra de las mayores complacencias matutinas es oír, en ásperos y extranjeros montes, al cabo de largas horas de obscuridad y desamparo, pasadas bajo militar tienda de lona, el toque de la *diana de campaña*... ¡Nada tan alegre y triunfante! ¡Nada tan gozoso y bendito! Resucítase juntamente a la vida y al afán de gloria, pareciendo dicha envidiable el morir de día, abrazado a la bandera de la patria, en comparación de la pasada noche de angustia y abandono... De cuantos sueños se pueden dormir en tales campamentos, ninguno parece más dulce que el sueño de una honrosa muerte.

Pero dulce es también vivir; dulce es, entre los lances propios de la *mañana*, tomar, en tiempo de paz y de invierno, chocolate con pan recién salido del horno, y sentarse muy tempranito delante de la mesa del despacho, bien forrados de ropa y con muchos cigarrillos de papel al alcance de la mano, a escribir ensoñadas historias, sin miedo a visitas importunas de personajes de carne y hueso...

Dulce es, en tanto que ensillan vuestro caballo para que continuéis larga caminata por tierras moriscas no conquistadas del todo, tomar el aguardiente a la luz de un candil, aun no siendo arriero, y salir de lóbrega venta, como segundo D. Quijote, a entrar en posesión de un mundo que comienza a esclarecer las risas de la aurora... Porque la verdad es que el alcohol, si bien implacable en lo de arruinar el sistema nervioso, despierta en el alma ideas a intuiciones de indefinible lucidez y atrevimiento, como lo demuestran las obras de Edgard Pöe y de algunos grandes poetas alemanes... y las aventuras de ciertos candidatos a la diputación por su país.

Y dulce es *unamisa de pastores* en vísperas de Navidad, en Andalucía, con acompañamiento de zambombas y panderetas, cuando uno no ha descendido todavía de niño a hombre; dulce el *toque del alba* en Granada la católica, o sea aquellas tres majestuosas campanadas de la Catedral, que ponen ahora término a las señales con que durante toda la noche sigue la vieja campana de *la Vela*, como en los tiempos de Boabdil,

regulando los riegos de la extendida vega que fue de los moros; dulce levantarse con estrellas y salirse traidoramente a los nativos campos, con vastísimas redes de hilo bramante, a cazar chamarines, alondras y otros pajarillos dormidos, que luego, al salir el sol, dan brincos bajo las tendidas mallas, como peces recién sacados del mar...; dulce es, a propósito de esto último, la pesca de salmones, sorprendidos en sus madrigueras, al comienzo de las rías del Cantábrico, entre el agua marina y el agua fluvial, aunque al propio tiempo llueva sobre vosotros el agua del cielo...; y dulces, en fin, son los paseos matutinos a la *Fuente de la Salud* que tiene cada pueblo del globo; paseos en que seguramente halláis por primavera infinidad de pálidas niñas, que a la vuelta son rozagantes mujeres, por resultas de haberse bebido cada una tres vasos de agua del acreditado manantial...

Todo esto ocurre en la primera o segunda *hora* de la mañana, según la estación... Entretanto, suenan ya los golpes del trabajo de artesanos y obreros, en cuyo concierto lleva la voz cantante el martillo del herrador; repican en las malsanas capitales muy populosas las campanillas de las burras de leche o de los carros de la limpieza; ábrense las casas y salen las cocineras a la compra, mucho más peinadas que lavadas; grita el fatídico enterrador llamado traperero; bárense las calles; tocan a misa en las pocas iglesias que van quedando (hablo de Madrid), y regresan a su domicilio los trasnochadores de todas clases, después de comerse al paso media docena de buñuelos o una ensaimada aquéllos que no han perdido en el garito hasta el último ochavo...

A las *siete* se levantan los niños, por muy principal que sea su familia, y a las *ocho* están ya camino del colegio, aunque llueva o nieve, con sus bufanditas al cuello y la enorme carpeta de libros pendiente del hombro, en busca de la pícara sabiduría, que a tal o cual de ellos podrá muy bien servirle de algo, pero que no es indispensable seguramente para llegar a ser rico y poderoso, ni muchísimo menos para ser feliz...

A las *nueve* tiene que estar de pie todo empleado del Gobierno o de Empresa particular; con lo que, a las diez o las once, se hallará cada uno en su respectiva oficina, medianamente almorzado y contento, y provisto de aquella manguilla de percalina negra que les sirve a todos estos eunucos pecuniarios para no estropear la levita propia en su contacto con los millones públicos o ajenos...

A las *diez* han entrado ya alevosamente por debajo de las puertas (seguimos en esta villa y corte) los periódicos de la mañana, como una notificación malévolamente de muchas más desgracias que venturas; comienzan a saltar del lecho las personas no desarregladas del todo, de las clases aristocrática o eminentemente política, y entra a engañarlas en su cuarto de lavarse la madrugadora adulación, llevando a remolque la injustificada solicitud, sin considerar que en definitiva tiene más de escarnio que de premio la consiguiente largueza del vanidoso lisonjeado...; siguen durmiendo, en el ínterin, otros magnates de ambos sexos y los demás ciudadanos y ciudadanas que, de grado o por fuerza, tienen trocadas las *horas*, y quién sueña todavía con el baile, quién con el juego, quién con la comedia o novela que está escribiendo, quién con el robo, quién con la amorosa cita, quién con la orgía brutal de la noche anterior..., hasta que suenan las críticas *doce* y concluye la verdadera *mañana*...

Es el *mediodía*, aunque para estos últimos principie el día en aquel momento.

Es la hora del pasajero descanso, la hora de la tregua, la hora de...

Pero éstas son cosas que pertenecen ya a otro capítulo.

III

El mediodía y la tarde

Hemos dicho que las *docesuenan*, y ahora tenemos que añadir que en Madrid no son *oídas* sino por aquéllos que tienen péndula en su casa o viven debajito del Ministerio de la Gobernación, de Palacio, de la Trinidad, de San Juan de Dios o de cualquier otro edificio público. Muy al contrario, en provincias, del propio modo que ya *sonaron*, de nueve a diez, donde hay Catedral, las tres campanadas del *Credo*, con gran lucimiento de la campana gorda y dando ocasión a todos los fieles católicos para que, donde quiera que les pilla, recen el *símbolo de los Apóstoles...*, suenan también y son oídas las *doce*, y, además de las doce, las otras tres gordas campanadas que se llaman las *Ave-Marías*, que asimismo reza piadosamente todo *pobre de espíritu*, como ya rezarían otras tres al *toque del alba* cuantos se hallasen despiertos, y como luego habrán de rezar las del *toque de oraciones...*

Y todo esto, ¿por qué? ¡Ah! Porque no se sabe fijamente a qué hora el arcángel San Gabriel anunció a María que concebiría por obra y gracia del Espíritu Santo. Y ¿por qué lo otro? Quiero decir: ¿por qué termina la mañana al sonar las doce? Porque en tal instante ha llegado el sol al respectivo meridiano (dado que no esté descompuesto el reloj que sirva de aviso); con lo que todos los jornaleros y peones sueltan las herramientas y se marchan a *comer*, mientras que los que viven a la francesa dicen al criado que les sirva el *almuerzo*.

Al llegar aquí reparo en que me he dejado atrás las *once*, dado que *las once* de que se trata representen una hora fija. Diré, pues, que *las once*, o *tomar las once*, para las gentes que comían o todavía comen el puchero al llegar el sol al cenit, es, genuinamente hablando, beberse con una hora de anticipación el vino que luego se echa de menos en su comida... ¡*El vino en la taberna!* ha dicho siempre toda *perfecta casada* a la antigua española, particularmente la andaluza, sin consentir que en la bendita mesa figure otro líquido que el agua clara, *regalo de Dios...* Para los canónigos, curiales y demás señores de provincias que comían (y aún siguen comiendo en muchos pueblos) a las dos de la tarde, la hora clásica de tomar *las once* es la una, con la circunstancia de que su vino es *de pulso*, quiero decir, añejo y más o menos generoso, y va acompañado de un bizcochillo o cosa tal... Y hay otras *once*, que se toman a las dos o las tres, por la corrupción de los tiempos, o sea por haberse almorzado *a las tantas* y no contar con caer sobre sopa hasta las cuatro; pero al fin acontece que, en fuerza de tardanzas y moratorias, estos pisolabis y trinquis vespertinos llegan a perder su denominación, y entonces usurpan la de *merienda*, en

remembranza vergonzante de aquellas legítimas meriendas españolas que *se hacían* a la puesta del sol (para mí todo esto es ya pretérito), y con las cuales se podía tirar hasta «las ánimas», hora en que se servía la cena...

Pero volvamos al mediodía.

La misma diversidad y confusión que respecto de los almuerzos y de las comidas, existe respecto de la *siesta*. Muchos señores provincianos la duermen de doce a dos, antes de comer, y entonces se llama *la canónica*. Indudablemente es la menos dañina, por cuanto se tiene el estómago desocupado, y establecieronla los canónigos, como ya lo dice su nombre. Puede, sin embargo, ocurrir (yo no digo que ocurra) que algún Prebendado vuelva a dormirse en el coro de tres a cuatro, durante las Vísperas, especialmente en estos pícaros meses de estío. La gente obrera y labradora duerme también siesta desde junio hasta Septiembre; pero es después de haber comido, y termina a las tres en punto, hora en que vuelve a sus faenas. Muchos seculares acomodados, y que por consiguiente comen más de lo preciso, la duermen, en fin, de tres a seis, y se despiertan de muy mal humor, por no haber adelantado mucho en la digestión de los fideos, los garbanzos, las judías, el tocino, la carne, los tomates, los pimientos, las patatas, el revoltillo, el gazpacho, la fruta y el dulce que constituyen el ordinario banquete nacional en el verano...

Acerca de las carnívoras personas de Madrid que viven a la francesa o a la inglesa y acaban de comer a las nueve o diez de la noche, nada tenemos que revelar en punto a *siesta*... ¡Estos señores se lo duermen todo de un tirón antes de darse a luz por la mañana! Volvamos, pues, a nuestras provincias, y declaremos que pocas *horas* tan deliciosas pueden pasarse sobre la tierra como una siesta andaluza, de esas nocivas a la salud, y rayanas con la apoplejía, de tres a siete de la tarde, en una sala baja lindante con el patio; oyendo entre sueños el monótono susurro del caño de agua que vela mientras todos duermen; aspirando el aroma de las macetas de albahaca, adornos o claveles, defendidos del sol por toldos y cortinas; luchando con alguna mosca que burló vuestras precauciones y que os mantiene en cierto fantástico duerme-vela, o sea entre la realidad de tan fresco y poético sitio y las orientales quimeras de la imaginación, poblada siempre de huríes en aquellas endiabladas zonas, cuando se es joven, como lo ha sido alguna vez todo el mundo... *Está aquí...* (dice el ensueño). *No está aquí; que es la mosca; pero la veré a la noche...* (responde la vigilia). *Me besa...* (murmura la ilusión). *No me besa; que es la pícara mosca...* (contesta el discernimiento). Y, entre tanto, suena allá, en la calle, en el mundo del sol de la canícula, algún grito de achicharrado vendedor de *agua helada* o el enjaulado canario medio dormido tararea alguna trova de amor, hasta que el mundo despierta de su letargo, y recorren el toldo, y vuelven a formalizar su concierto las golondrinas, y corre el vientecillo de la tarde, y llegan el hermano o el camarada, diciéndoos: ¡*Arriba, perezoso!*... ¡*Vámonos a la viña, a la huerta o a la era!*... ¡*A la noche dormirás más!*

Saltemos otra vez de Madrid, y digamos algo de sus *tardes* de verano y de invierno, con perdón de los respetables lectores moratinianos que se hayan cansado de tanto viajar por el presente artículo, y echen de menos las unidades de acción, tiempo y lugar, que ya sólo se estilan dentro de la tumba...

Verdaderamente, en Madrid no hay verano para las personas de alto copete, supuesto que todas ellas y algunas sin copete ninguno se marchan a provincias o a tierra extranjera, tan luego como aprieta el calor, y las restantes viven escondidas en los camarotes de su respectivo medio piso, con todos los balcones herméticamente cerrados, cuidando del botijo de agua fresca que constituye todas sus delicias, y defendiendo contra la polilla su equipaje de invierno, hasta que, cerca del obscurecer, se reúnen en el Prado de San Jerónimo, donde continúan asfixiándose y aburriéndose, sin más recreo que ver alguna vez a tal o cual amigo, también fastidiado, que les recuerda o promete los placeres de la chimenea, del paletot, de la capa, del abrigado Café lleno de humo, del caldeado Teatro Real, etc., etc.

Estos placeres del invierno de Madrid consisten, por la *tarde*, en dos cosas principalísimas: para los hombres o caballeros, en hablar de política, ya sea en las Cortes, ya en los cafés, ya en los casinos, ya tomando el sol en los paseos públicos... (porque la política es todo o el camino de todo en estos tiempos de régimen constitucional); y para las mujeres o damas, en envidiar o criticar las unas los vestidos y sombreros de las otras, o sus carruajes y caballos, salvo el fugitivo momento que dedican a mirar al mozalbete favorito, cada vez que pasa por delante de ellas... No negaré, empero, que, precisamente en los más crudos meses invernales, cuando hace buen tiempo, lo cual acontece largas temporadas, las tardes de paseo de Madrid son deleitosísimas, especialmente en el Buen Retiro, en la Fuente Castellana y en Atocha... ¡Qué cielo tan azul y diáfano! ¡Qué sol tan cariñoso! ¡Qué vista la del *Cerrillo de los Ángeles*, por ejemplo, desde el gran balcón del Paseo de los Coches en el llamado Parque de Madrid! ¡Y qué madrileñas... no de mis pecados, sino de los vuestros, pues que vosotros estáis todavía en activo servicio! ¡qué madrileñas, siempre renovadas, ya por los afeites, ya por la reproducción o sucesión natural! ¡qué madrileñas, digo, síntesis de las varias razas de la Península, y cruce, por consiguiente, de todas las hermosuras, discreciones y donaires en que es tan fecunda esta patria de eúskaros, godos, árabes y lemosines!

Por la inversa, nada más soso y aburrido que las *tardes* de invierno en provincias. Desde que pasan las Ferias; desde que los veraneadores se reconcentran en Madrid o en las grandes capitales, el tedio acampa en las ciudades de segundo o tercer orden. Las *horas* parecen siglos; la incomunicación engendra la ictericia; toman el sol, de tres a cuatro, en distintos y solitarios andurriales, los hijos de aquellas sedentarias poblaciones, disgregados por intestinas guerras; la envidia, la impotencia y los rencores tradicionales, cristalizados por el frío de la pereza y el desaliento, convierten la vida en páramo infernal, no ensoñado por el autor de *La Divina Comedia*, pero del cual hizo menudo análisis el autor de *La Comedia humana*. Es, por tanto, un refrán de invierno aquél que aconseja a cuantos puedan disponer de sí propios: *O corte, o cortijo*.

IV

La noche. -La velada. -El sueño

Es de *noche*.

En Madrid, durante el invierno, comienza la gran vida; empieza el verdadero día social; principian las doradas *horas* en que el gas, el petróleo, la luz eléctrica o la estearina hacen olvidar todos los decantados esplendores del sol. Regresan a sus casas los que han sido paseantes en coche, a caballo o a pie, así como los que han pasado la tarde en las Cortes, en la Bolsa, en el Bolsín, en las oficinas, en los escritorios particulares, en el *Veloz-Club* o en otros casinos más o menos veloces... Vístense por tercera vez las señoras (y aún se vestirán por cuarta, si es noche de baile); pónense el frac los caballeros, y, a cosa de las siete, acude a comer la mitad del personal conocido a casa de la otra mitad. Es decir, que, en más de tres mil casas, la comida constituye una verdadera fiesta, casi un banquete, y hasta sin casi en muchísimas de ellas. La inimitable *conversación* de Madrid; esta conversación que, por su originalidad no buscada, por su variedad característica y por sus espontáneos primores, no tiene igual en el mundo y se deja cien leguas atrás la famosa *causserie* francesa, igual en todas las bocas, hija del calco y la imitación, árida como el egoísmo y llena de violentísimas paradojas; la conversación madrileña, repito, fluye entonces como un río de oro entre los comensales, y el chiste culto, el arranque de sentimiento, la inocente burla, el grito de verdadero entusiasmo, la ingeniosa agudeza, la genuina gracia, el donoso requiebro alegran o conmueven a todos aquellos personajes de verdad, que realmente aman, creen, odian, sufren y opinan; que están dispuestos, no sólo a matarse, sino a morir, en aras de los afectos que tan amena y festivamente dilucidan en sus chispeantes disputas...

De ocho y media a nueve, veinte o treinta mil almas ocupan los teatros. El resto de la población de levita se disemina por cafés, casinos y tertulias, armándose en éstas los muchos millares de partidas de tresillo, de dominó o de lotería en que olvidan los hombres todos los cuidados de la jornada, para no pensar más que en el valor de un naipe, en el palo de una ficha o en el número de un boliche.

Estas *horas* de la *velada* madrileña, que se van como agua, aunque en realidad andan al mismo paso que todas, son también, en teatros o tertulias, las del amor cortesano y las de la creación de la fama o reputaciones. Durante ellas, se reúnen y se hablan, o no se hablan y se miran, o no se miran, pero se ven, los que con el tiempo han de ser mujer y marido. Entonces se juzgan los cuadros, las comedias, las batallas, los libros, los discursos, y se forman o se deshacen las celebridades de la patria. Entonces la murmuración o la alabanza dan o quitan la honra... Entonces reciben el vano galardón del aplauso ajeno, el dinero, el lujo, la elegancia, la querida costosa, la buena suerte en el desafío, la cartera (aunque sea inmerecida), el donativo (aunque proceda de dinero robado)... Entonces, para decirlo de una vez, hace sus balances y liquidaciones la sociedad, casi siempre con ligereza, error e injusticia. Afortunadamente, además del tribunal público, existe el tribunal de la propia conciencia.

A la *velada* de provincias llegan confusos ecos de la *velada* de Madrid, tergiversados más y más por falta de memoria o de buena fe de tal o cual viajero, o por falta de entendimiento o de caridad de tal o cual periódico; con lo que la fama corre toda la nación, mudando continuamente de forma, como los acróbatas corren a caballo mudando

continuamente de traje, y la llamada *gloria* es cosa fantástica y gratuita que no merecería grandes afanes, si no fuera acompañada, a veces, de *provecho*. Pero siempre resulta, y es a lo que vamos en el presente artículo, que nada hay tan chistoso para un cortesano, cuando no se aburre, como oír juzgar en una tertulia o casino de provincias a los grandes hombres o a las grandes mujeres de Madrid... Recuerdo que en un cuento denominado *La Belleza ideal*, hablé ya de estas cosas. ¡Compradlo, y no lo habremos perdido todo!

Todavía, en pueblos subalternos, mucha gente comienza los quehaceres de la *velada* por ir al Rosario a la parroquia respectiva. Visítanse luego algunas comadres y hablan de los cuidados ajenos. Los novios formales entran en casa de sus suegros futuros, y, sentándose al brasero junto a la *niña boba*, señora de sus pensamientos (quien sabe más que todas las parisienses habidas y por haber), le habla al oído hasta la *hora de la queda*, mientras que el padre, la madre o el hermano de la beldad dan cabezadas en el polo opuesto de la tarima, pidiendo a Dios que se case pronto el ya medio atontolinado pretendiente, y suspirando en el ínterin por que les deje aquella noche cenar y acostarse.

Resumiendo: la *velada* es la hora de la vida *ideal*, que no me atreveré a llamar *fingida*, pues no considero mucho más real la de los afanes calificados de serios y positivos. Quiero significar con esto, que, durante la *velada*, unos gastan las *horas* en el teatro, prestando suma atención a imaginarios lances inventados por embustero poeta; otros libran a los azares del juego, con mucha fe en la *judía*, la *contra-judía*, la *martingala* y otras cadenas de la suerte, la efectividad de su posición y de la de su familia; otros dedican largos discursos a la exposición de recetas políticas o filosóficas con que labrar la dicha del género humano, sean cualesquiera las leyes naturales o providenciales, y otros cifran en la posesión del cuerpo de su novia el talismán de la aventura de toda la vida...; por lo que hay algunos que prolongan la *velada* hasta el amanecer y pelan la pava y aun el pavo por la reja, hasta que el escudero de Marte da el grito de alarma...

Sigue la *danza de las horas*, aquella danza representada en un famoso cuadro por doce ninfas con alas de mariposa, que juegan al corro como unas devanaderas, y llega, por fin, para todos, más tarde o más temprano, la primera hora del *sueño*, que conduce al hombre a otra vida también ficticia... Porque, una de dos: o durmiendo *soñamos*, en cuyo caso vivimos en perpetua falsedad todo aquel tiempo, o no *soñamos*, en cuyo caso no vivimos, sino que yacemos en muerte anticipada. ¡Ah! ¿qué es dormir con ensueños o sin ellos? ¿qué es ese estado en que pasamos la tercera parte de la llamada existencia? ¿Difiere mucho de las otras dos terceras partes de nuestra vida? ¡Tal vez es una misma cosa! ¡tal vez se reduce todo a *matar* el tiempo, como lo mata, con cualquier distracción pueril, aquél que, a la mitad de penoso viaje, tiene que hacer alto en pobre ventorrillo!

Y, si no, decidme: ¿qué fuera la estancia sobre la tierra, sin esto que llamáis las *costumbres* y que yo he solido llamar *entretenimientos del ocio*? ¿Qué fuera la vida, sin las necesidades convencionales, arbitrarias y fútiles del lujo, de la erudición y de otras sandeces? ¿En qué emplearíamos las horas del destierro en este planeta, ya demasiado conocido, si no hubiéramos inventado tantas prendas de ropa, tantas alhajas, tantas artes, tantas ciencias, tantas categorías, tantas condecoraciones, tantas ceremonias, tantos cumplidos y tantas palabras huecas?

Indudablemente, lo único grave y serio de la vida es la vida misma, o sea el propio hecho de vivir; el hecho de éste nuestro incomprensible viaje; el hecho de encontrarnos de paso en el presente mundo, donde dijo Espronceda (y fue lo que mejor dijo):

«Que, siendo al alma la materia odiosa,
Aquí, para vivir en santa calma,
o sobra la materia, o sobra el alma.»

Julio de 1884.